



El gran debate de la Venezuela de hoy

Utopías con los pies en el suelo

Juan Carlos Monedero*

En este ensayo, el autor afirma que el socialismo no serviría si no presentara una teoría de la justicia superior a la del liberalismo. Dice también que la propiedad privada no tiene la misma fascinación para un socialista que para un liberal. Se trata de un pormenorizado análisis del deber ser del socialismo del siglo XXI

“Requiere más coraje la alegría que la pena. A la pena, al fin y al cabo, estamos acostumbrados”.
Alfredo Zitarrosa

El socialismo siempre ha aparecido como una respuesta histórica a promesas incumplidas: de la revolución francesa, del liberalismo, del capitalismo en cualquiera de sus expresiones (mercantilista, social, liberal o neoliberal). El socialismo es una teoría, pero es más una práctica. De manera más clara: *es una teoría que nace de la práctica*. En 1989, mientras caía el Muro de Berlín, el pueblo de Caracas daba su peculiar respuesta a las premisas neoliberales del FMI, respecto de las cuales el gobierno de Carlos Andrés Pérez era un aventajado alumno. No le importó a ese pueblo golpeado por el ajuste económico que

En otras palabras, decir amor o decir socialismo es mencionar la necesidad de una empatía absoluta y desinteresada donde uno, sin ninguna funcionalidad escondida, deja de ser, pero obteniendo el resultado final increíble de ser más.

los teóricos dijeran que ya no había espacio fuera del pensamiento único. Como rezaba aquella pintada en Buenos Aires: “no sabía que era imposible, fue y lo hizo”.

Detrás de los socialismos del siglo XXI no hay una teoría inventada por ningún lúcido intelectual. Nace del anhelo de libertad e igualdad del ser humano, cruzado con la consciencia de los errores que en nombre del socialismo se cometieron durante el siglo XX. Quien quiera entender los socialismos del siglo XXI tendrá que acudir, por supuesto, a la teoría socialista, pero también tendrá que tener bien presente la lección aprendida de cada camino torcido en nombre del socialismo durante la centuria anterior. En los socialismos del siglo XXI hay más de la herencia del mayo del 68, de los sucesos que acabaron con la Primavera de Praga, del fracaso de la URSS, del fracaso de la lucha armada en los años 80 y 90, que de ninguna teoría política reciente.

Agotándose el primer decenio del siglo XXI, un nuevo panorama, nada tranquilizador, recorre el planeta. El sistema capitalista atraviesa la crisis más relevante desde el crash de 1929. Crisis que es financiera, pero también alimentaria, inmobiliaria, energética, ecológica y monetaria. Como entonces, las dificultades del capitalismo no están teniendo como respuesta la revolución social, sino, muy al contrario y al igual que en los años treinta, vemos un crecimiento de comportamientos *neofascistas*, ahora en forma de exclusión social y racismo (algo claro en el caso de Europa). La vehemencia de la crisis y el aislamiento de EEUU bajo el mandato de George W. Bush llevó por primera vez a un negro a la Casa Blanca. Pero alcanzar el sillón presidencial no significa tener el poder (algo que es válido en Venezuela, Egipto o Estados Unidos). La guerra en Irak, en Afganistán, el apoyo al bombardeo colombiano sobre Ecuador, el aval al golpe de Estado en Honduras (pese a la condena formal), la apertura o refuerzo de bases militares en Colombia o el acoso permanente a los gobiernos del ALBA son señales de que la inicial buena voluntad que parecía presentar Barack Obama nada puede frente a las estructuras férreas de la primera potencia del planeta.

Esa actitud tradicional norteamericana tiene nuevos componentes, donde los tres más relevantes son la aparición

de China como superpotencia (país que tiene la mayor reserva de dólares del mundo, sostiene el déficit norteamericano y está comprando a futuro buena parte de las reservas energéticas de América Latina y África, si bien ni de lejos se acerca al poderío militar norteamericano); la emancipación de América Latina, representada por los gobiernos del ALBA (y que han roto la situación tradicional de *back yard*, de patio trasero que tenía el continente) y el alejamiento de Brasil de los dictados estadounidenses; y el deterioro medioambiental, que impide seguir manteniendo un sistema de producción y desarrollo claramente suicida.

EMPATÍA RADICAL

Si no fuera porque apenas sería entendido, podríamos resumir todos los problemas de la organización política deseable diciendo que socialismo no significa otra cosa que amor. Vivamos en el siglo que vivamos. En otras palabras, decir amor o decir socialismo es mencionar la necesidad de una empatía absoluta y desinteresada donde uno, sin ninguna funcionalidad escondida, deja de ser, pero obteniendo el resultado final increíble de ser más. (Le corresponde a Hegel la brillante afirmación de que amar es dejar de ser para ser más). Sin embargo, la racionalidad moderna, atenta a sólo lo cuantificable y guiada por una lógica lineal que condenaba al limbo todo lo que quedase fuera de su definición de *ciencia*, quiso reducir la organización política de la emancipación a números y planes quinquenales. Cuando al final de su vida Lenin, siempre en lucha entre la reflexión y la práctica, afirmó que socialismo no era *soviets más electrificación*, sino *soviets más cultura* ya era demasiado tarde.

Que socialismo es amor está en el Sermón de la Montaña y su prédica de amar al prójimo por encima de todas las cosas. Es lo que recogió San Agustín cuando afirmó “ama y haz lo que quieras”, queriendo dar a entender que quien ama realmente no hace daño a los demás. El socialismo, al igual que ocurre con la regla de oro de todas las religiones –no hagas a los demás lo que no quieres que te hagan a ti– es amor porque es la afirmación de la empatía como el criterio central de la organización social. Tampoco andaba lejos Marx, siguiendo a Rousseau o interpretando a



¿Cómo es posible que la crisis del capitalismo no desemboque en una salida revolucionaria que reinvente la sociedad, que reinvente las relaciones de propiedad e igualmente las relaciones de producción que emanen de esas nuevas formas de propiedad? Fue la pregunta de Gramsci en los años 30 y sigue siéndolo ahora.

Aristóteles, cuando pensaba que la política desaparecería cuando desaparecieran las clases sociales, esto es, las diferencias sociales basadas en el diferente lugar que se ocupaba en la escala de producción. Si no hubiera tensiones sociales basadas en la desigualdad —principalmente de clase, de género y de raza—, la sociedad viviría una suerte de estabilidad permanente y esa idea que vincula política con coacción desaparecería.

UN NUEVO LENGUAJE

Pronto era, sabemos hoy, para que los autores clásicos pudieran entender que, sin embargo, la sociedad no se va a parar nunca. Vista la evolución del ser humano, podemos prever que van a surgir siempre *diferencias* y, por tanto, *disidencias* respecto de una realidad que no es absoluta sino representativa, esto es, que no es leída como algo objetivo, sino que la tamizamos a través de marcos heredados de la construcción social. Tanta fuerza tienen esos marcos, especialmente en la era de la comunicación, que cuando un hecho niega el marco, preferimos negar el hecho. ¿Cómo es posible que la crisis del capitalismo no desemboque en una salida revolucionaria que reinvente la sociedad, que reinvente las relaciones de propiedad e igualmente las relaciones de producción que emanen de esas nuevas formas de propiedad? Fue la pregunta de Gramsci en los años 30 y sigue siéndolo ahora. De ahí que nos invitara a mirar a otro lado, a la conciencia, y que pensáramos en la conquista de la *hegemonía*, camino de crear un nuevo sentido común donde la empatía sea algo inmediato. Pero la hegemonía ha sido

la contraria. Caídos todos los referentes (Dios, la historia, el Estado, el marxismo, las clases, las ideologías...), sólo resta un templo imbatido: los centros comerciales. El consumo se convierte en el horizonte vital. Un consumo, obviamente, mediado mercantilmente.

Es cierto que no es la forma más sutil de construir marcos la que planteó el ministro de Propaganda Goebbels, cuando afirmaba que una mentira repetida mil veces fungirá como verdad. Pero el silenciamiento de alternativas, la recurrencia en afirmar que no hay más solución que la que está aplicando o la machacona insistencia en algunas mentiras básicas terminan por construir el puzzle de la hegemonía. Por ejemplo, pese a no tener armas de destrucción masiva, Sadam *tenía* armas de destrucción masiva; pese a ganar más de diez elecciones o aceptar el resultado adverso del referéndum constitucional, pese a tener enfrente empresas de medios de comunicación que llaman constantemente a la sedición y el terrorismo, Chávez es un dictador¹; pese a sufrir el acoso de los poderosos y la dictadura de unos medios de comunicación al servicio de las élites, Evo Morales *es* el autoritario por su supuesto indigenismo radical; pese a Abu Graib, Guantánamo o las cien invasiones realizadas por los Estados Unidos en el siglo pasado, la Estatua de la Libertad sigue presentándose como un referente de democracia que no se puede cuestionar sin verse unido a su vez cuestionado; pese a ser el mayor consumidor de droga del mundo y de lucrarse con el negocio de los estupefacientes, EEUU dicta al mundo quién se porta bien y quién se porta mal en la lucha contra el narcotráfico; el capitalismo tuvo éxito y el socialismo está condenado



Hablamos de “igualdad de capacidades” entendiéndola como una fórmula superior a la igualdad de oportunidades –que no garantiza el resultado– o la igualdad de resultados –que, o bien es una entelequia pues no es realizable o supondría una homogeneización que robaría la libertad individual y no contemplaría la necesaria corresponsabilidad de las personas en su destino–.

al fracaso... Si protesta el pueblo llano, se habla de ingobernabilidad; si protestan las clases medias y altas, estamos ante revoluciones de colores.

Por todo esto, un paso adelante del socialismo será *renunciar a las palabras heredadas* y reconstruir en forma de diálogo los nuevos conceptos con los que reorganizar la realidad social y también los referentes simbólicos. No caer en el error de la Modernidad de despreciar lo trascendente ni tampoco abrazar el irracionalismo como quisiera una posmodernidad reaccionaria. Desmantelar las palabras heredadas, reconstruir la realidad con palabras dialogadas, recuperar el espacio de la plaza pública, vacía de tronos, templos y shopping centers, donde una ciudadanía con iguales capacidades, reconstruye los contornos de su *polis* desde la perspectiva de la emancipación.

¿QUÉ ES EL SOCIALISMO?

No es posible seguir hablando de socialismo sin intentar una definición. De lo contrario, se está impidiendo que el corpus doctrinal pueda avanzar, construyéndose algo que se parezca a una comunidad científica que se ocupe de los desarrollos del ideario socialista. Al día de hoy, y a diferencia de lo que ocurre con otras ideologías que tienen su referencia mínima compartida, la divergencia es enorme: es factible que el socialismo implique para unos la existencia de una vanguardia –incluso representada por un único líder– que marque el rumbo social de manera obligatoria;

otros defenderán el control obrero y la autonomía de los consejos comunales; para otros será la reivindicación de la clase obrera como sujeto de la transformación y dirigida por los sindicatos o por los partidos; para otros significará redistribución de la renta; para otros abolición de la explotación; para otros reformismo; para otros revolución; para otros, austeridad medioambiental; para otros inclusión multicultural; y también habrá quien apostará por una mezcla de todos estos elementos, y así hasta el infinito de la indefinición.

Por nuestra parte, entendemos el socialismo como *un sistema de organización social, política, normativa, económica y cultural que busca la libertad y la justicia, armonizando para ello los recursos materiales, institucionales e intelectuales de la sociedad, con el objeto de conseguir la igualdad de capacidades personales, la libertad de individuos y colectivos, la solidaridad entre los miembros de la comunidad, el respeto medioambiental, la paz entre las naciones y la defensa de la identidad de los pueblos.*

Hablamos de “igualdad de capacidades” entendiéndola como una fórmula superior a la igualdad de oportunidades –que no garantiza el resultado– o la igualdad de resultados –que, o bien es una entelequia pues no es realizable o supondría una homogeneización que robaría la libertad individual y no contemplaría la necesaria corresponsabilidad de las personas en su destino–. La igualdad de capacidades es una fórmula superior al “a cada cual según sus necesidades y de cada cual según sus posibilidades” por, al menos, dos razones. En primer lugar, es menos autoritaria –de cada cual según sus posibilidades implica una exigencia, un hecho de fuerza al margen de la voluntad de los individuos–; por otro lado, el “a cada cual según sus necesidades” desresponsabiliza y, con ello, roba dignidad a las personas.

APRENDIENDO DEL PASADO

El socialismo del siglo XXI va a hacerse al andar y la única carta de navegación que ha legado el socialismo del siglo anterior es el que recoge los errores que no deben volver a cometerse. Esto no es un problema epistemológico. Muy al contrario. Saber lo que no debe hacerse marca un programa de actuación política superior teóricamente a un

El socialismo del siglo XXI va a hacerse al andar y la única carta de navegación que ha legado el socialismo del siglo anterior es el que recoge los errores que no deben volver a cometerse. [...] Saber lo que no debe hacerse marca un programa de actuación política superior teóricamente a un programa que quisiera decir a priori lo que debe hacerse.

De ahí que veamos constantemente en la historia y en la actualidad un péndulo oscilando entre el discurso de todo el poder para el pueblo y la práctica de todo el poder para la dirección política. El primero no ha demostrado su eficacia –tampoco se le ha dejado–; el segundo llevó al estalinismo. Inventamos o erramos.

programa que quisiera decir *a priori* lo que debe hacerse.

Cuando Gramsci publicó “La revolución contra *El capital*” (apenas un mes después de la revolución de octubre de 1917) sentaba las bases para afirmar que las revoluciones, como procesos violentos que tumban las estructuras de un país, no esperan a los teóricos. Pero bien sabía también el que fue secretario general del Partido Comunista Italiano que la teoría era bien relevante para orientar la praxis posterior. En esa dirección, podemos afirmar que en los procesos de transición, las explicaciones sobre la base de la voluntad de los actores es muy relevante, mientras que en la fase de consolidación, cuando los cambios permiten hablar de una transformación real, las variables estructurales, las condiciones materiales, el grado de desarrollo, el nivel de la conciencia de lo colectivo, entre otros aspectos profundos y que reclaman procesos lentos, son las variables explicativas y orientadoras de estos momentos.

Es cierto que las transformaciones profundas pueden darse en países donde no hay madurez del capitalismo ni del Estado ni de la Modernidad (dejemos como hipótesis que es precisamente en esa debilidad en donde están las explicaciones de por qué surge ahí el cambio brusco. Es una buena hipótesis para analizar la revolución bolivariana en Venezuela). Se trata de una reedición de la teoría del *eslabón más débil*. Ahora bien, igualmente sabemos que si los marcos teóricos marxistas –especialmente los del siglo XIX– no explicaron las revoluciones en el siglo XX, hubieran sido de extrema utilidad para orientar la fase de consolidación. Sabemos que Lenin reelaboró *ad hoc* y de manera interesada el marxismo para adaptarlo a su análisis/deseo vanguardista de acelerar la revolución (*historicismo estructuralista* lo ha llamado Moulián²). Esa renuncia a la teoría y la elaboración de análisis que reinterpretan la teoría para ajustarla al momento histórico preparó el camino a Stalin (por ejemplo, para justificar el socialismo en un solo país, la colectivización forzosa, el Gulag, la eliminación de los disidentes).

Hoy sabemos que hay una gran verdad en la consideración de que hace falta una cierta madurez para que los cambios cuajen. Una madurez que no se mide en desarrollo económico, sino en conciencia de lo colectivo, de lo

público. El Estado social ha sido un gran educador de comportamientos ciudadanos. Una estructura fiscal permite una redistribución socialista. Pero en ausencia de esa conciencia de lo público, el Estado puede convertirse, aun en manos de quienes pretenden crear el socialismo, en un *Dorado* sometido a la rapiña de los que nunca pudieron aprender que lo que es público es de todos y no de nadie. El mercado educa en la lucha de todos contra todos. Las colas de los servicios públicos educan en ciudadanía. Ese tránsito reclama instituciones eficaces y valores compartidos, y no se consolidarán hasta pasada, al menos, una generación. No basta, como demuestran los últimos informes de la Contraloría, con bajar recursos a los consejos comunales para que florezcan comportamientos virtuosos. De ahí que veamos constantemente en la historia y en la actualidad un péndulo oscilando entre el discurso de todo el poder para el pueblo y la práctica de todo el poder para la dirección política. El primero no ha demostrado su eficacia –tampoco se le ha dejado–; el segundo llevó al estalinismo. Inventamos o erramos.

¿CÓMO EMPODERAR AL PUEBLO?

Los bolcheviques en 1917, sobre la base de una interpretación del planteamiento marxista extraído de la Comuna de París, decidieron que era necesaria una fase de *dictadura del proletariado* para, desde un Estado al servicio del pueblo, empoderar a una población socializada en el capitalismo depredador, egoísta y fragmentador. El aporte leninista fue someter a los consejos obreros a las decisiones del partido. Es decir, los que no estaban implicados directamente en las relaciones de producción –los trabajadores– se subordinaron a las estructuras burocráticas del partido, sentándose las bases para el posterior estalinismo³. En sociedades desestructuradas, es decir, sociedades por las que ha pasado el vendaval neoliberal sin haber pasado antes con fuerza la lluvia del Estado social y democrático de derecho, el riesgo de pretender sustituir esa falta de instituciones y valores colectivos con comportamientos *despóticos ilustrados* (la dictadura del proletariado o, en el caso de hoy, una dictadura del *pobretariado* o una *dictadura* de la *ciudadanía* o de las *multitudes*) es muy alto. Una vez constatado esto, la tentación es re-

Sólo un referente carismático incuestionado puede aunar las fuerzas transformadoras en esta fase de transición. Por eso, el cuestionamiento desde democracias consolidadas del papel de los liderazgos carismáticos –Chávez, Lula, Evo, Correa– puede ser, a lo sumo, bienintencionado –aunque con frecuencia es espurio– pero incorrecto, pues pretende trasladar realidades históricas incomparables.

forzar la capacidad de acción para poder cumplir los objetivos que, con ingenuidad, se pensaba que podrían alcanzarse desde el aparato estatal. Es la idea de *dictadura del proletariado* como refuerzo del poder para debilitar el poder.

Vista la deriva histórica de este comportamiento –el estalinismo– hay que recuperar la pregunta: ¿cómo empoderar al pueblo que tiene que hacerse cargo de sus propios destinos si no tiene ni la capacidad ni, quizá, el interés de organizar su propia vida? ¿Cómo contrarrestar la presión de las oligarquías, la financiación de la desestabilización –incluida la cooptación de militares venales–, la tarea permanente durante decenios de las empresas de medios de comunicación? ¿Cómo empoderar al pueblo en un contexto de guerra –de primera o de cuarta generación? El neoliberalismo, primero se hizo con el control del Estado para después obrar una mutación en ese Estado social y democrático de derecho desde su sala de mando. Optar por esta deriva despótica ilustrada desde posiciones socialistas puede ganar el favor de los pobres –siguen dominados pero ahora ven esperanza–, pero no crearía corresponsabilidad, además de que alejaría a las clases medias, muy necesarias en la tarea de consolidación socialista, ya que les corresponde a ellas una parte relevante de la gestión administrativa y económica que ayude a salir de la escasez y los cuellos de botella en tanto se crean los nuevos cuadros de la

administración. Además están las consideraciones morales. El fin no justifica los medios. No puede construirse el socialismo sin socialistas o, como se suele recordar, el socialismo no se decreta⁴.

Atendiendo a la historia, hemos aprendido que pequeños pasos en una dirección consolidan en el medio y largo plazo esa dirección. En sociedades desestructuradas, la tarea esencial en la construcción del socialismo no está en crear formas autoritarias previas que faculten para empoderar al pueblo, sino que consiste en dar de inmediato instrumentos conceptuales que obliguen –obliguen– a la corresponsabilización popular en las transformaciones. La tarea de un fuerte liderazgo es esencial en esta fase. Sólo un referente carismático incuestionado puede aunar las fuerzas transformadoras en esta fase de transición. Por eso, el cuestionamiento desde democracias consolidadas del papel de los liderazgos carismáticos –Chávez, Lula, Evo, Correa– puede ser, a lo sumo, bienintencionado –aunque con frecuencia es espurio– pero incorrecto, pues pretende trasladar realidades históricas incomparables. En la fase actual de construcción de la emancipación es tan necesaria la figura del liderazgo fuerte como intolerable debiera serlo en la fase de consolidación. Esto no significa un cheque en blanco para el liderazgo –se habla de un líder fuerte, no de un dictador, ni siquiera amable–. Y ese liderazgo debe tener como principal tarea crear todo un equipo



...el surgimiento en Venezuela de sectores que querían jugar al autoritarismo mientras se enriquecen con prácticas corruptas da una señal de la necesidad permanente de controles sociales y tribunales independientes y con coraje, incluso en el caso de un liderazgo tan productivo como el de Hugo Chávez.

capacitado para el relevo, así como tener claros espacios de deliberación que construyan liderazgos colectivos.

En socialismo –podemos decir, en democracia–, el liderazgo sólo podrá ejercerse cuando realmente esté en sintonía con el pueblo, al que tendrá la obligación de entregar instrumentos para su autodeterminación y obrar con estricta transparencia (mandar obedeciendo). La alta inversión pública en educación en Venezuela, así como la construcción de un nuevo sistema de partidos –con el problema de que la oposición insiste en mantener liderazgos del pasado– es un ejemplo en la dirección adecuada correctora en el medio plazo de un liderazgo que, en ningún caso, debiera repetir en el siglo XXI las gerontocracias soviéticas o la peculiaridad histórica cubana. Por el contrario, el surgimiento en Venezuela de sectores que querían jugar al autoritarismo mientras se enriquecen con prácticas corruptas da una señal de la necesidad permanente de controles sociales y tribunales independientes y con coraje, incluso en el caso de un liderazgo tan productivo como el de Hugo Chávez.

ERRORES Y ACIERTOS

El socialismo del siglo XX ha brindado un mapa de navegación al socialismo del siglo XXI. Según esta bitácora, el socialismo del siglo pasado tuvo cuatro rasgos: eficiencia, heroísmo, atrocidad e ingenuidad. La eficiencia tiene que ver con su capacidad para incorporar a una parte considerable de la humanidad a la modernidad (la Rusia feudal, la China imperial, zonas deprimidas de centro-europa, África o Asia). Su atrocidad, que configura el libro negro del llamado con abuso “socialismo realmente existente”, tiene que ver con el Gulag, los Muros, las purgas, los presos políticos, la falta de democracia representativa, etc. (sin olvidar que, desde su nacimiento, el socialismo estuvo acosado y amenazado). Conviene recordar que los más ortodoxos siempre son los que más daño hacen. Trayéndolo a América Latina ¿cómo no recordar la responsabilidad directa del jefe guerrillero Villalobos en el asesinato del heterodoxo Roque Dalton, sabiendo que después de esa fase ortodoxa terminaría de asesor de Reagan en la creación de la Contra nicaragüense? ¿Cómo no pensar en la participación del Partido Comunista de Nica-

ragua en la Contra? ¿Cómo no recordar que Bandera Roja o el MAS venezolano se han aliado con los sectores más reaccionarios de ese país para intentar tumbar a Chávez de cualquier forma?

Pero el socialismo del siglo XX también reclama recordar su heroísmo, callado con intención culposa, y que tiene como gesta para la humanidad el haber frenado al nazismo durante la Segunda Guerra Mundial –de los 50 millones de muertos de la contienda, 20 millones fueron ciudadanos soviéticos–; igualmente el haber puesto siempre los muertos, presos, torturados en las luchas contra las dictaduras y en las peleas por la democratización. O en el caso de Cuba, por haber mantenido la dignidad del continente latinoamericano frente a los Estados Unidos, responsable de más de un centenar de intervenciones militares en lo que considera su *patio trasero*, y verdadero factor de las dictaduras militares que asolaron al continente (Brasil, Argentina, Chile, Paraguay, Uruguay, Bolivia, Guatemala, etc.).

Pero de lo que se habla menos es de la *ingenuidad* del socialismo durante el siglo pasado. El socialismo del siglo XX fue ingenuo por cinco grandes razones:

1. Por creer que bastaba asaltar el aparato del Estado para, desde ahí, cambiar el régimen social. Esa ingenuidad está en el propio Marx pues, tan convencido estaba que después de derribado el capitalismo vendría un reino de armonía, que no se detuvo a desarrollar ni una teoría de la transición ni de la justicia ni del Estado a la altura de los retos que vendrían. Una vez alcanzado el poder, todo fue improvisación, y de ahí que Lenin decidiera interpretar en cada momento (*historicismo*) el rumbo del proceso, mientras que otros marxistas le reprochaban las prisas.

2. Por creer que bastaba con la creación de un partido único, regido por el centralismo democrático (la información circula de abajo arriba y las órdenes de arriba abajo), para regular la sociedad y dar respuesta a sus evoluciones o aunar sus diferentes voluntades. Sólo pensándose que hay una sola verdad y que se está en posesión de la misma puede postularse la existencia de un partido único.

3. Por creer que nacionalizando los medios de producción se podrían satisfacer las necesidades sociales de manera más eficaz y abundante que en el capitalismo.

...el socialismo no puede construirse solamente desde el Estado, y mucho menos desde el Estado burgués; la instauración de un sistema de partido único es una simplificación de la organización humana que asombra por su grosería; la abolición de toda la propiedad privada (confundiéndose con frecuencia propiedad privada con medios de producción) es igualmente, tras cinco siglos de capitalismo, una simpleza que condena al estrangulamiento económico.

4. Por creer que lo que servía para Rusia podía trasladarse a otros países con trayectorias diferentes, historias diferentes, cosmovisiones diferentes (es la amargura de un Mariátegui alertando a los ortodoxos de la necesidad de un marxismo latinoamericano que no fuera “ni calco ni copia” del soviético).

5. Por creer que un crecimiento ininterrumpido traería un reino de la abundancia que terminaría con todos los problemas humanos y sociales, ignorando la necesidad humana de trascendencia, el agotamiento del planeta y los problemas del productivismo heredado por la Modernidad. En la misma dirección, por incorporar la idea de *fin de la historia* y no entender que el socialismo también es histórico y que, por tanto, cambia con las sociedades, debiendo estar abierto para incorporar nuevas necesidades (por ejemplo, la sensibilidad ecológica).

En conclusión, el socialismo del siglo XXI debe enmendar todos esos errores complejizando los simples análisis que en el siglo pasado llevaron a cometer tamañas barbaridades. O expresado de manera más clara: el socialismo no puede construirse solamente desde el Estado, y mucho menos desde el Estado burgués; la instauración de un sistema de partido único es una simplificación de la organización humana que asombra por su grosería; la abolición de toda la propiedad privada (confundiéndose con frecuencia propiedad privada con medios de producción) es igualmente, tras cinco siglos de capitalismo, una simpleza que condena al estrangulamiento económico. Por último, la separación entre socialismo científico y socialismo utópico hurtó a la izquierda aquellos aspectos de la vida humana (curiosamente los más gratificantes) que, por no ser materiales (amor, amistad, armonía, empatía, etc.) quedaron fuera de foco y fueron tirados por la borda con el rechazo al autoritarismo y la manipulación histórica realizada por las religiones.

De cualquier forma, el socialismo del siglo XXI mantiene el sustantivo. Es socialista porque se sitúa de manera clara y definida contra el capitalismo y la explotación que conlleva, incorporando a la transformación cualquier tipo de dominación (además de la de clase, de género y de raza, la medioambiental, la sexual, la generacional, etc.). En este sentido, el socialismo mantiene su condición de *aguafiestas* de la orgía prometida por el capitalismo, ese *populismo del libre*

mercado según la feliz expresión de David Harvey. El capitalismo promete a la humanidad vivir como reyes, garantizándolo solamente a unas minorías pero consiguiendo la aceptación del sistema gracias a esa simple promesa incumplida durante siglos (injusto sería no decir que allí donde la promesa deja de ser eficaz, el monopolio de la violencia física, legítima o ilegítima pasa a ocupar el lugar de los argumentos). La condición de aguafiestas se radicaliza con el agotamiento del planeta. Allí donde ayer el socialismo prometió una sociedad de abundancia que el capitalismo era incapaz de proveer, hoy se ve en la obligación de exigir la austeridad como propuesta de organización social, una vez constatado que ya hemos devorado medio planeta tierra que no es recuperable. El capitalismo, como explicó Marx en *El manifiesto comunista*, tiene una extraordinaria capacidad de desarrollar los medios de producción. Obviamente, pues nada le detiene y todo le vale: esclavitud, saqueo, depredación, explotación, guerra, violencia... Los resultados son espectaculares. Los daños, también. El problema es que los daños no los vemos, y si los vemos, los olvidamos, y si no los olvidamos, pensamos que podemos ser de los que se libren, y si no nos libramos, nos resignamos con algún tipo de opio. El socialismo está ahí para recordar que esa fiesta tiene reservado el derecho de admisión.

Es en esa condición de *aguafiestas* en donde el socialismo debe encontrar la razón más simple de la necesidad de la alegría, pues un socialismo que recuerda el dolor no puede ser causante de dolor, además de que un socialismo triste es un triste socialismo.

¿EXISTE SUPERIORIDAD MORAL?

El socialismo no serviría si no presentara una teoría de la justicia superior a la del liberalismo. Respecto del liberalismo conservador, que convierte a los seres humanos en mercancías y que sanciona las desigualdades sobre la base del derecho natural, la superioridad es clara. El capitalismo justifica que 300 seres humanos tengan tanto dinero como 3.000 millones de personas que pasan hambre y todo tipo de calamidades. Es más necesario matizar, por tanto, el caso del llamado liberalismo igualitario, que pretende la igualdad sobre la base del mercado, la primacía de individua-



La condición de aguafiestas se radicaliza con el agotamiento del planeta. Allí donde ayer el socialismo prometió una sociedad de abundancia que el capitalismo era incapaz de proveer, hoy se ve en la obligación de exigir la austeridad como propuesta de organización social, una vez constatado que ya hemos devorado medio planeta tierra que no es recuperable.

lismo y la libertad negativa –que nadie interfiera en la vida de los demás–. ¿Es real ese discurso o son meras palabras para maquillar su dureza real? Como insiste Gargarella, en ese liberalismo, el igualitarismo termina siendo adjetivo respecto del liberalismo⁵:

1. Es difícil encontrar a un liberal preguntándose quién va a cargar con el peso de un plan de ajuste, abriendo un debate acerca de qué van a tener que prescindir los que más (o los que menos) tienen o asumiendo que el crecimiento del Sur pasa por el decrecimiento del Norte.

2. En cualquier caso, un liberal le da prioridad a los derechos civiles sobre los sociales, de manera que la participación popular le molesta pues puede devenir en “interferencia de las mayorías” que frene la libertad individual (por ejemplo, cuando se pagan impuestos o cuando se hace real la función social de la riqueza).

3. No repara en que hay aspectos que se repiten socialmente no porque sean deseados realmente, sino porque se analizan individualmente y no de manera colectiva (el ejemplo claro es que la gente ve telebasura pero la critica invariablemente. Los medios de comunicación reclaman una discusión colectiva, no individualista que termina por no cambiar nada).

4. No existe en el liberalismo un entramado que conecte al constituyente con sus representantes. Esto es así por su epistemología elitista, donde la libertad está en lo privado y los representantes saben mejor que los representados lo que conviene al *cuerpo* de la nación. Según este planteamiento, las decisiones las toman mejor unos pocos que no el conjunto de la ciudadanía (presentada como *masas*). El poder constituyente se congela como poder constituido y se desactiva.

5. Por eso el liberalismo, en su vertiente igualitaria, confía en los *checks and balances*, los pesos y contrapesos. Sin embargo, estos equilibrios no son neutrales, de manera que la condición de clase que suele representar la judicatura o el vaciamiento de ideologías críticas de los legislativos, terminan por frenar la voluntad mayoritaria.

6. Igualmente, separan representantes y representados, priman el poder judicial, evitan la discusión pública participada y rechazan mucha participación. Es prácticamente imposible ver en estos

liberales una discusión sobre la comprensión de la información como un bien público, no como una mercancía suministrada por empresas de medios de comunicación.

7. Por último, tienen dificultades para asumir que la desigualdad social real implica la necesidad de operar desigualmente para compensar esa situación desequilibrada. No saca las conclusiones correctas del hecho de que el Estado ha sido históricamente un aparato de clase, y por tanto, también el poder judicial, los parlamentos, los ejecutivos, así como los aparatos ideológicos y militares que los alimentan o defienden.

El *hombre nuevo* es el hombre viejo en nuevas circunstancias. De ahí que una diferencia esencial con el liberalismo esté en un diseño institucional al que se le da mucha relevancia y que no puede ser replicado a partir de modelos eurocéntricos. Para el socialismo, las instituciones tienen valores (no son neutrales). Y dentro de las instituciones, son de gran relevancia aquellas que permiten la libre comunicación (principalmente, los medios alternativos y las formas deliberativas de democracia).

La propiedad privada no tiene la misma fascinación para un socialista que para un liberal. Por el contrario, en el siglo XXI ha entendido finalmente que hay derechos individuales de gran valor que la izquierda no entendió durante el siglo pasado despreciándolos al catalogarlos como *derechos burgueses* o *individuales* (habeas corpus, libertad de expresión, de residencia, de movimiento, inviolabilidad de la correspondencia, del domicilio, etc.). De ahí que el socialismo del siglo XXI tenga mucho de *republicanismo de izquierdas*, donde la libertad no es un pago a considerar a cambio de mayores cotas de igualdad.

Como gran diferencia con el liberalismo, desde posturas socialistas se asume la existencia de derechos colectivos y de grupos desaventajados, lo que implica asumir que hay una desigualdad de partida. En la misma dirección, el socialismo no puede aceptar el principio liberal de compartimentar o dividir y jerarquizar los derechos, con el fin de separar los civiles y políticos de los sociales y quitarle a estos últimos relevancia o postergarlos. El liberalismo, como filosofía política del capitalismo, tiene claro que sin explotación no hay beneficio y que, por tanto, cualquier forma de redistribución va al corazón del sistema.

De ahí que el socialismo del siglo XXI tenga mucho de republicanismo de izquierdas, donde la libertad no es un pago a considerar a cambio de mayores cotas de igualdad.

El liberalismo, como filosofía política del capitalismo, tiene claro que sin explotación no hay beneficio y que, por tanto, cualquier forma de redistribución va al corazón del sistema.

Por último, hay un posicionamiento respecto de la política real. El socialismo entiende los cambios sociales en su complejidad, prestando atención a la praxis, en este caso a la necesidad de crear las condiciones para que pueda operar el modelo que defiende. El socialismo no puede quedarse al margen del establecimiento de situaciones en donde el objetivo socialista sólo es posible limitando de manera radical las posibilidades que tienen los privilegiados de impedir cualquier cambio social. Esto, como hemos planteado anteriormente, no es un certificado para saltarse la legalidad en nombre de la legitimidad –uno de los principales errores del socialismo del siglo XX–, sino de entregar de manera real y efectiva el poder constituyente a su depositario, esto es, al pueblo consciente y organizado.

¿HAY UN SUJETO ÚNICO?

El socialismo del siglo XXI ha pluralizado el sujeto social de la emancipación. Es de interés detenernos un instante en la siguiente paradoja: no existe capitalismo sin explotación, es decir, sin trabajadores que reciban menos de lo que producen. Sin embargo, los trabajadores no encarnan los intereses generales de la humanidad, que son más amplios que los que implica la explotación (mujeres, ecologistas, ancianos, indígenas, pacifistas, etc.). Los trabajadores son, indudablemente, los que hacen funcionar el capitalismo. Son, de hecho, la base de su existencia –e, insistimos, desapareciendo los trabajadores no podría existir el capitalismo– pero en nuestras sociedades complejas –aún más que en los siglos XIX y XX– no construyen una universalidad, una voluntad colectiva que pueda representar a todo el mundo. Las necesidades objetivas de los trabajadores –recibir el producto de su trabajo– no pueden coincidir con las necesidades subjetivas de una población que no encuentra su identidad en el ámbito laboral –como ya hemos dicho, campesinos, mujeres, indígenas, ancianos, minorías sexuales, ecologistas, etc.–. El mundo del trabajo, por tanto, aparece como la contradicción principal del capitalismo, pero sin que eso implique que se pueden extraer conclusiones para la transformación que ignoren la imposibilidad de la clase obrera para representar a todo el género humano (como decía la letra de *La Internacional*). Detrás

está también la fugacidad de los tiempos, esta *modernidad líquida* (Baumann), que hace que el futuro sea incierto, fragmenta el presente, le roba la homogeneidad al tiempo –como en una metáfora donde la fábrica estuviera cada día en un sitio y cambiaran a cada rato los compañeros y las máquinas– e impide hacer de la actividad un referente claro y seguro que pueda interpretar por sí mismo el mundo y plantear pautas de acción.

A MODO DE CONCLUSIÓN

1. El socialismo del siglo XXI debe, como pautas previas a toda discusión, encontrar una nueva definición de la naturaleza humana que no se base en falsos supuestos de bondad o maldad, e, igualmente, debe señalar e interpretar el momento histórico y geográfico desde y para el que habla.

No somos ni ángeles ni demonios. El egoísmo y el altruismo forman parte de nuestra condición biológica. Hacer énfasis en uno u otro depende de la construcción social. El capitalismo fomenta el egoísmo –“vicios privados, virtudes públicas”–, mientras que el socialismo apuesta por el altruismo y la empatía. Porque todavía no somos *humanos* (o, como decía Nietzsche, somos “demasiado humanos”), se hace necesario reforzar los mecanismos sociales para que caminemos en esa senda evolutiva que nos permita alcanzar ese estadio superior que es el socialismo.

2. El socialismo del siglo XXI no se define desde las vanguardias ni desde los parlamentos, sino que se construye con un diálogo social abierto y real alentado y posibilitado por los poderes públicos.

La suma de las reivindicaciones emancipatorias de los movimientos sociales (aquellas que no incorporen nuevos privilegios), constituye el fresco general de la tarea pendiente del socialismo a comienzos del siglo XXI. Ya han pasado los tiempos donde una vanguardia que se definía como tal a sí misma dictaba los contornos del futuro. La inteligencia real genuina es la colectiva (el lenguaje es colectivo y la experiencia consciente probada más duradera es la de las comunidades), que se construye no forzando a una homogeneidad obligatoria, sino a través del encuentro voluntario entre las distintas emancipaciones. Hacen falta pensadores, equipos de

Ya han pasado los tiempos donde una vanguardia que se definía como tal a sí misma dictaba los contornos del futuro. La inteligencia real genuina es la colectiva (el lenguaje es colectivo y la experiencia consciente probada más duradera es la de las comunidades), que se construye no forzando a una homogeneidad obligatoria, sino a través del encuentro voluntario entre las distintas emancipaciones.

La conclusión es que el socialismo del siglo XXI es dialéctico, está en constante construcción, está sometido a la contraloría constante del pueblo y al escrutinio de los técnicos y de los responsables políticos (que harán ver que no es lo mismo el sueño que la realidad y que confundirlo le corta las alas a la utopía).

gente que proponga ideas, expertos y técnicos que posean certezas acerca de la viabilidad de las propuestas en el corto, el medio y el largo plazo; pero solamente los pueblos tienen la inteligencia colectiva necesaria para saber qué es lo que quieren, cómo lo quieren y cuándo lo quieren. No hay certeza alguna de que los pueblos acierten en su diagnóstico. Aún más entendiendo que la razón moderna, la forma hegemónica de pensamiento occidental, a menudo incapacita para ver qué se esconde detrás de los juegos de poder. En esa tarea de *deconstrucción* es importante que estén personas con capacidad de ayudar a salir de esos laberintos de confusión. Pero ayudar a salir no implica dirigir sino facilitar.

Una de las tareas de la administración pública es coordinar –coordinar; ni dirigir y menos imponer– esa gran empresa de articulación de las diferentes emancipaciones, de definición pública del socialismo del siglo XXI. Para ello puede impulsar las redes ciudadanas, universitarias, políticas, sindicales, profesionales y sociales para construir el *mapa* que cartografíe ese nuevo socialismo. La conclusión es que el socialismo del siglo XXI es dialéctico, está en constante construcción, está sometido a la contraloría constante del pueblo y al escrutinio de los técnicos y de los responsables políticos (que harán ver que no es lo mismo el sueño que la realidad y que confundirlo le corta las alas a la utopía). Esto supondrá, como obligación del Estado, una constante transparencia pública (que ya iniciara la socialdemocracia escandinava a comienzos del siglo XX como el sector más avanzado de la socialdemocracia europea), pero en modo alguno reducirá la reforma democrática a formas de transparencia.

3. El socialismo del siglo XXI ha aprendido de los errores del siglo pasado y ya no intercambia justicia por libertad.

Desde hace cinco siglos el capitalismo ha impuesto su lógica depredadora por todo el planeta, sometiendo a pueblos, naturaleza, clases, mujeres, indígenas, etc. a todo tipo de miserias y reduciendo los intercambios humanos a intercambios de mercancías. La oposición más elaborada al capitalismo fue el socialismo del siglo XX, pero cometió errores que alejaron a los pueblos del mismo. Sabemos que el capitalismo nunca hará autocrítica, pero el socialismo,

por su propia raíz crítica y su compromiso de sentido con la *verdad*, tiene que hacerla. El socialismo del siglo XXI ayudó a muchos pueblos y ese ejemplo sigue siendo válido. Pero mal se asumiría el esfuerzo de emancipación si, preservando la luz, no se hiciese un gran esfuerzo para desterrar las sombras.

Si las sociedades tienen muy despertados sus valores, ni el egoísmo individualista ni la pérdida de libertad individual se harán fuertes en nuestras sociedades. Una sociedad *politicizada* es una sociedad que defiende en su vida cotidiana los valores que la informan. De ahí la necesidad de hacer de la educación uno de los principales cometidos sociales. Siendo una tarea de todos, se hacen menos importantes las vanguardias, los gendarmes de la doctrina, los sacerdotes de la ortodoxia. La democracia de todos es el mejor antídoto contra la dictadura de cualquier tipo, incluida la del proletariado o cualesquiera otras actualizadas. Y democracia es ciudadanía formada, consciente y responsable siempre ante la mirada despierta –pero no inquisidora– de todos los demás miembros de la comunidad que nos reclaman día a día nuestro compromiso como miembros de una colectividad.

4. El socialismo del siglo XXI es alegre, pues ha aprendido que un socialismo triste es un triste socialismo.

Participar es trabajar de más. Pero esa participación no debe nunca articularse como forzar a participar. Son los mismos valores sociales los que recuerdan, sancionando moralmente, la equivocación de los que reniegan de los intereses colectivos. Se trata de conseguir individuos libres que encuentran el sentido de la vida con los demás, pero no necesariamente en la disolución en los demás. Hegel fue astuto al explicar que ese “dejar de ser para ser más” que implicaba el amor no era un “disolverse en el otro”, sino complementarse para crear más libertad. La unión amorosa no funde los cuerpos, sino que los perfecciona en una dimensión donde no desaparece la memoria de cada cual sino que se incrementa con una memoria del nosotros. La unidad de la identidad y la diferencia.

Por eso, este socialismo incorpora las artes a sus formas de protesta. Sabe que la música, el teatro, la literatura, la pintura, las expresiones populares (aquellas en las que caben y se pueden ver representados todos) son formas de construir la alternativa. La risa es revo-

Sabemos que el capitalismo nunca hará autocrítica, pero el socialismo, por su propia raíz crítica y su compromiso de sentido con la verdad, tiene que hacerla.

Pero debe entenderse que cada vez que el socialismo recurra a la fuerza es porque habrá fracasado a la hora de encontrar los métodos que le son propios: los de la vida, los del diálogo, los de la alegría. Un socialismo alegre, amable, respetuoso, será alegría, amabilidad y respeto.

lucionaria, de la misma manera que el llanto formará parte de esa lucha. Pero el llanto viene, no debe buscarse (pertenece a la entropía del mundo), mientras que la alegría y la risa son objetivos políticos. La condición gris del capitalismo, de la guerra, de la depredación de la naturaleza, del hambre, de la explotación del hombre por el hombre debe contrastar con la explosión de vida mejor que promete el socialismo. No hay sacrificio ahora para una supuesta felicidad luego. Pero no hay que confundir este contrato social de alegría con el necesario esfuerzo que todo logro reclama. Para ver de más lejos hay que hacer el esfuerzo de subirse al árbol. Pero debe entenderse que cada vez que el socialismo recurra a la fuerza es porque habrá fracasado a la hora de encontrar los métodos que le son propios: los de la vida, los del diálogo, los de la alegría. Un socialismo alegre, amable, respetuoso, será alegría, amabilidad y respeto. Todo lo que no puede ser un sistema, el capitalismo, basado en la lucha, más o menos elegante, más o menos oculta o justificada, de todos contra todos.

5. El socialismo del siglo XXI apuesta por la educación como objetivo esencial a la búsqueda de una nueva subjetividad.

El dolor es el impulsor de la transformación. Si no *duele* nada cambia. Si no se identifica el dolor ¿para qué hacer mudanza? Todo cambio social va por la senda: *doler-saber-querer-poder-hacer*. Una vez identificado el dolor y su causa, hay un mayor conocimiento, que llevará a querer cambiar la situación y, para ello, buscar las fuerzas necesarias para ese cambio. Finalmente se intentará la transformación, como decantado lógico de ese proceso. Pero al ser los seres humanos *animales racionales*, el dolor también es una construcción. Dependiendo de la consciencia que se desarrolle, el mismo dolor puede parecer normal o inaceptable en un colectivo. De ahí que los que se benefician de los demás en cualquier ámbito (sexual, laboral, social, personal) han intentado siempre anestesiar el dolor, principalmente acallando las voces de los dolientes.

La clase obrera no dio su principal salto a la ciudadanía hasta que no desarrolló la prensa obrera, las casas del pueblo, las universidades populares. Hasta que se pensó a sí misma con sus propias categorías, y no con las categorías que le brindaba la racionalidad burguesa.

Uno de los principales obstáculos actuales a la emancipación es la generalización a todos los grupos sociales (clases, razas, géneros, edades) de la lógica capitalista, de la confianza en el mercado, del sueño consumista y de la asunción de la moralidad de la estratificación social sobre la base laboral (la división social del trabajo que reparte el lugar social que cada uno ocupa). El incremento, principalmente en las sociedades occidentales, de las sociedades de clases medias, ha ayudado en esa dirección. Si ayer la obediencia estaba vinculada a la promesa del paraíso de los creyentes, hoy la sumisión se centra en la asunción de que es posible realmente entrar de botones en una empresa y salir de director general de la misma. Los concursos *populares* o los juegos de azar son el otro gran recurso. La televisión es la gran escuela de esa enseñanza.

Ahora bien, si en el siglo XX la alfabetización tenía que ver con leer y escribir, hoy debe incorporar también aprender a ver a los medios de comunicación y a entender el mundo de la informática. Alfabetizar en los medios forma parte de las tareas esenciales para crear ciudadanía *armada* frente al *terrorismo informativo*. La existencia de pueblos aún analfabetos no debe ser obstáculo para incorporarse a esta posibilidad de comprensión audiovisual. El fuego tardó en socializarse 300.000 años. El bronce, apenas 20.000. Compartir los avances humanos en tecnología, medicina, ciencia, conocimiento es una señal de hominización. Conforme se acorten los plazos, más humanización. (¿Deben restringirse las nuevas medicinas, las nuevas técnicas quirúrgicas, los nuevos elementos de seguridad vial, las más avanzadas medidas de previsión, etc. a los más ricos de cada sociedad? ¿Bajo qué argumento?).

6. El socialismo del siglo XXI es tan profundamente respetuoso con la naturaleza que se torna en *ecosocialismo* o no podrá ser.

El primer mundo ha agotado las reservas naturales, la biodiversidad, y ha puesto sus ojos en los países del tercer mundo que aún mantienen esa reserva de naturaleza. Pero sólo hay un planeta Tierra sobre el que todos tenemos una responsabilidad de supervivencia. El principio de precaución es obligatorio: si no se sabe el efecto de alguna novedad, usarlo por el mero ánimo de lucro implica una imprudencia inmoral. Es

Dependiendo de la consciencia que se desarrolle, el mismo dolor puede parecer normal o inaceptable en un colectivo. De ahí que los que se benefician de los demás en cualquier ámbito (sexual, laboral, social, personal) han intentado siempre anestesiar el dolor, principalmente acallando las voces de los dolientes.



evidente que en este campo, los transgénicos son verdaderas armas de destrucción masiva. Multinacionales como Monsanto encarcelan a los campesinos a las semillas que la multinacional vende en cada cosecha (sólo sirven para una vez y funcionan exclusivamente con abonos que suministra la misma firma), contaminan a las semillas naturales, necesita pesticidas y fertilizantes enemigos de lo natural y de altísimo coste. La naturaleza ha empezado a quejarse y no escuchar su grito hace cierta la reflexión de Einstein sobre unos medios tan desarrollados como desacompasados de la certeza moral. El mero productivismo en el que pensó el socialismo en los siglos XIX y XX ya no es válido.

En profunda relación con el cuidado de la naturaleza está la reforma agraria que desde hace decenios se reclama desde las masas campesinas de América Latina (y que, parcialmente realizada, fue la base del impulso enorme que recibieron los llamados *dragones asiáticos*). Una reforma agraria que garantice la alimentación de los pueblos y que revierta la transformación mercantil de ese derecho humano que es la posibilidad de alimentarse. Las grandes empresas de alimentación esquilman la tierra, agotan los caladeros, desertizan, hacen a los campesinos dependientes y, por encima de todo, condenan al hambre. Nunca como hoy fue tan posible alimentar al mundo entero, y nunca esa posibilidad se ha visto tan férrea-

mente negada por los intereses de las transnacionales enquistados en la política institucional. La reforma agraria, que termine con la agroindustria de las multinacionales, es uno de los principales retos del socialismo en el siglo XXI, pues es la garantía de que la supervivencia de los individuos y de la especie sea una realidad, hoy puesta en peligro por la mercantilización de los alimentos, el uso de transgénicos y pesticidas, así como la utilización del hambre como un arma de guerra por los países ricos o por grupos poderosos. En profunda relación con la reforma del agro, está el problema creciente del agua. Frente a los intentos –y logros– de su privatización, el agua debe ser declarada un bien público universal, al margen de su mercantilización, derroche o uso ineficiente. La prevención de la escasez del agua con que amenaza el siglo XXI formará parte de la mayor inteligencia humana del socialismo que viene.

Por último, frente al principio neoliberal de la liberalización de fronteras, que parte del supuesto de que los países deben especializarse en la exportación, un principio de prudencia ecológica nos invita a consumir productos de la zona en donde uno vive. Una inteligencia *endógena* para un socialismo productivo pero no productivista (es lo que expresó Gandhi con el *swadeshi*, es decir, la decisión inicial de consumir lo que se produce en cada zona). Resulta profundamente absurdo, como está ocurriendo

La reforma agraria, que termine con la agroindustria de las multinacionales, es uno de los principales retos del socialismo en el siglo XXI, pues es la garantía de que la supervivencia de los individuos y de la especie sea una realidad, hoy puesta en peligro por la mercantilización de los alimentos, el uso de transgénicos y pesticidas, así como la utilización del hambre como un arma de guerra por los países ricos o por grupos poderosos.

en Europa, que se consuman productos supuestamente ecológicos que se desplazan miles de kilómetros del lugar de producción para ser consumidos en otros países bajo el supuesto del respeto a la naturaleza. E, igualmente, es absurdo el uso abusivo en los países cálidos de aparatos de aire acondicionado que compiten con las calefacciones en deterioro medioambiental (repitiéndose ahí el disparate contrario: en Europa, renuncia en las casas a cualquier vestido en invierno, en América Latina, uso de prendas de abrigo para soportar los climatizadores).

7. El socialismo del siglo XXI es profundamente femenino, consciente del mal uso o del uso insuficiente del caudal de las mujeres cometido durante toda la historia.

La madre tierra, la que renueva el ciclo de la naturaleza, la que trae la vida constantemente, ha tenido en las mujeres su más hermosa metáfora y su más castigado grupo. Las mujeres, desde tiempo inmemorial, han visto su trabajo denigrado, su tarea minusvalorada, su esfuerzo rechazado, su cuerpo ultrajado. Trabajan el doble, en casa y fuera, siguen sufriendo la brutalidad de los hombres, la mayor carga de la familia, el abuso de su integridad física, menores sueldos, sometimiento sexual por parte de los hombres, ausencia de libertad para estudiar, para investigar, para crecer, para ser dueñas de su cuerpo. Son “la mitad del cielo”, más de la mitad de la humanidad, pero su trabajo es desperdiciado porque los hombres (y también las propias mujeres), educados en un patriarcado egoísta se empeñan en mantener el privilegio que tienen sobre ellas. Ninguna sociedad libre puede sostenerse sobre el desprecio a la mitad de su ciudadanía; ninguna sociedad libre puede permitirse el lujo de infrautilizar a la mitad de su gente, a la mitad de su inteligencia y su coraje. Y por que los anteriores siglos han sido siglos de los hombres, es de justicia, como compensación, que abra vías inéditas. En otras palabras, que el siglo XXI sea el siglo de las mujeres.

Sólo cuando las sociedades incorporen los valores femeninos del cuidado, el respeto, la consideración a las generaciones futuras, la cooperación y el diálogo, estaremos en condiciones de avanzar en un socialismo que merezca tal nombre.

8. El socialismo del siglo XXI no tiene una alternativa total práctica al capitalismo de los siglos anteriores, si bien ha desarrollado un conocimiento claro sobre qué es lo que no le gusta.

El socialismo, desde su perspectiva histórica, siempre ha apostado por la emancipación de los menos favorecidos, contando en esta lucha, a menudo, con el compromiso de aquellas y aquellos que, aún no perteneciendo a los sectores más desfavorecidos, no quieren formar parte de una sociedad que los convierde, aún involuntariamente, en verdugos de los que financian y pagan, con su trabajo y sometimiento, el bienestar. El comunitarismo de Platón en *La República*; el sermón de la montaña de Jesucristo; el levantamiento de los esclavos dirigido por Espartaco contra Roma; la oposición a las Cruzadas; los movimientos campesinos del siglo XVI; la resistencia indígena contra la conquista española y portuguesa; la Revolución Francesa; la independencia de América; el levantamiento de los negros en Curaçao; las revoluciones en Europa en 1830 y 1848; la Comuna de París; la revolución rusa; la lucha contra el nazismo; la revolución cubana y sandinista; el movimiento de las sufragistas; los diferentes mayos del 68; el levantamiento zapatista; el movimiento por otra globalización; la defensa popular de la V República en Venezuela; las revueltas indígenas en defensa de sus derechos y sus bienes naturales en Bolivia, Ecuador o Perú; la resistencia iraquí, libanesa y palestina... son todos hitos que comparten un mismo principio: la resistencia a la dominación de las mayorías por parte de unos pocos.

El capitalismo es culpable, desde el siglo XV, de las mayores atrocidades que ha cometido el ser humano. Su propia fuerza, alabada con entusiasmo por Marx y Engels en *El manifiesto comunista*, era capaz de derribar cualquier muralla china, cualquier frontera, cualquier orden. Con el problema menos atractivo de que arrasa igualmente con la gente que no le es funcional. El capitalismo es el culpable de las invasiones, de las cruzadas, de la conquista de América, de la esclavitud de África, del colonialismo, de las guerras mundiales, de la condena al hambre de más de la mitad de la humanidad, de la transformación del medio ambiente en una mercancía. Un sistema que condena al hambre, a la miseria, a la enfermedad y a la

Sólo cuando las sociedades incorporen los valores femeninos del cuidado, el respeto, la consideración a las generaciones futuras, la cooperación y el diálogo, estaremos en condiciones de avanzar en un socialismo que merezca tal nombre.

El capitalismo es el culpable de las invasiones, de las cruzadas, de la conquista de América, de la esclavitud de África, del colonialismo, de las guerras mundiales, de la condena al hambre de más de la mitad de la humanidad, de la transformación del medio ambiente en una mercancía.

guerra a más de la mitad de la humanidad desde hace siglos. Las fórmulas socialistas no siempre han funcionado, aunque también se sabe que el capitalismo nunca las ha dejado funcionar. Cualquier levantamiento contra el orden establecido desde hace cinco siglos, cualquier queja, cualquier alternativa, sean los esclavos, los campesinos, los indios, los negros del Caribe con el influjo de la revolución Francesa, la Comuna de París, la revolución rusa, la resistencia contra los nazis o los miles de levantamientos populares anónimos, han sido aplastados y masacrados. Por eso, como primer paso para la construcción de la alternativa, hay que recuperar esa historia de resistencia, esa historia que siempre se ha pretendido ocultar pues sembraba ejemplo para el presente y el futuro. El socialismo del siglo XXI tiene a mano el ejemplo de resistencia, de protesta y de propuesta de los siglos anteriores. El socialismo del siglo XXI necesita tener muy fresca la memoria.

En tanto en cuanto se vayan visualizando las nuevas vías, el socialismo del siglo XXI debe garantizar los elementos mínimos para que las actuales generaciones no vean sacrificada su posibilidad de una vida digna. Para ello, los poderes públicos deben hacer un gran esfuerzo para garantizar, en primer lugar, un puesto de trabajo digno para todos (el desempleo es contrario a la idea de socialismo e, incluso, de humanidad) o bien, en su defecto, fórmulas de renta básica garantizadas para todos los ciudadanos (incluidas las mujeres que realizan un enorme trabajo no remunerado como es el doméstico), camino de la creación de un trabajo no alienante que, por definición, no puede mantener la diferencia entre trabajo manual y trabajo intelectual ni tener como telón de fondo la explotación del ser humano por otros seres humanos. La producción debe, por tanto, orientarse a la creación de valores de uso, y no de valores de cambio. Y para no caer en los cuellos de botella ya conocidos, hay que elaborar incentivos que sirvan para ocupar el equivalente funcional del mercado y de las diferencias salariales. Por último, si el trabajo debe ser digno y con una jornada que permita el desarrollo humano, el ocio debe entenderse como ocio creativo, al servicio del desarrollo humano que, en última instancia, no contrapone al individuo, a la sociedad y, en última instancia, el género humano.

Para conseguir esto hay muchas fórmulas, sin olvidar que antes de que llegue el socialismo, hay que sentar las bases para la transición al socialismo. En esa transición, es esencial un buen sistema fiscal que permita la redistribución de la renta a través de los impuestos. Igualmente, es obligatorio que el Estado controle los principales recursos energéticos y que garantice, en cualquiera de sus formas posibles, el suministro de los bienes públicos (con propiedad estatal o social de medios de producción, fomento de la economía social, sistema fiscal, redes complementarias tipo ALBA, etc.). Por último, el horizonte es que sean los trabajadores los dueños de su trabajo, correspondiéndole a ellos y ellas redefinir las relaciones de propiedad y, desde ahí, las nuevas relaciones de producción.

9. El socialismo del siglo XXI es “violentamente pacífico”.

Todo conflicto, toda guerra, toda agresión, sea ofensiva o defensiva, es un fracaso del socialismo del siglo XXI. Al igual que la buena medicina debe ser preventiva, la mejor violencia es la que nunca se usa. Por eso, es importante todo el esfuerzo que se haga para prevenir conflictos, así como para reconstruir la Organización de Naciones Unidas como una organización capaz de luchar y de usar la violencia en nombre de la paz y de la democracia. Para eso, es necesaria la reforma integral de la ONU, el replanteamiento de la carrera armamentista (verdadera responsable del auge de las guerras), del negocio de la guerra y de la existencia de supuestos gendarmes mundiales que actúan como bomberos pirómanos.

Como criterio general, la mejor arma es la que no existe; la mejor de las que existen, es la que no se usa; y la mejor de las que se usan, aquella que limita el daño a conseguir el único fin que legitima las armas: defenderse de los que quieren asentar su privilegio sobre los hombros de los demás. La unión cívico militar es una forma adecuada de garantizar el comportamiento democrático de los que poseen las armas en fases de transición. Sin embargo, el papel de los militares está, por definición, dentro de los cuarteles. La lógica militar no es igual que la lógica civil, y siempre es mejor desde una perspectiva democrática civilizar a la milicia que militarizar a la sociedad.

El socialismo del siglo XXI tiene a mano el ejemplo de resistencia, de protesta y de propuesta de los siglos anteriores. El socialismo del siglo XXI necesita tener muy fresca la memoria.

... el papel de los militares está, por definición, dentro de los cuarteles. La lógica militar no es igual que la lógica civil, y siempre es mejor desde una perspectiva democrática civilizar a la milicia que militarizar a la sociedad.

10. El socialismo del siglo XXI debe reconstruir y reinventar las fronteras territoriales, políticas y culturales, propugnando a su vez un nuevo orden internacional.

La globalización neoliberal es la utopía del capitalismo. Un mundo sin fronteras, una jungla sin reglas para beneficio del más fuerte. La gran mentira del capitalismo es decir que todo puede expresarse en forma de mercancías y que el mercado es capaz, al autorregularse, de organizar la sociedad mundial. El capitalismo neoliberal –como cualquier variante del capitalismo– necesita abolir las fronteras, las leyes laborales, la propiedad comunal, cualquier cosa que ponga freno a su deseo de individualizar, de transformar el mundo y todo lo que lo habita en meras mercancías que puedan venderse y comprarse en el mercado. Pero la ineficiencia y la desigualdad que construye el mercado autorregulado es proverbial. El resultado son profundas desigualdades. De ahí que alianzas supranacionales basadas en la complementariedad y la solidaridad sean esenciales. La *democracia* en un solo país no es factible, y los países latinoamericanos sólo serán democráticos en tanto en cuanto sean un polo de poder basado en sus alianzas.

11. El socialismo del siglo XXI necesita articular sus propios medios de comunicación, orientados por los valores que deben sostenerlo.

Desde los años treinta del siglo XX, los medios de publicidad de masas (inicialmente la radio y después la televisión) se convirtieron en elementos esenciales tanto de propuestas reaccionarias (el nazismo fue experto en su uso) como de propuestas con rasgos emancipadores (los inicios del New Deal de Roosevelt tuvieron como principal vocero las “charlas al calor de la lumbre” que dictaba semanalmente el Presidente). En los años 60 y 70, los medios se pusieron de manera general al servicio del sostenimiento de la sociedad capitalista y su necesidad constante de incrementar la demanda camino de las sociedades de consumo. La publicidad, como artífice de la incorporación de los trabajadores a pautas consumistas, así como el resto de producciones audiovisuales (sin olvidar los noticieros), han ayudado sobremanera a construir un mundo individualista, centrado en la distracción, pivotando en torno al consumo, conformista y desarmado intelectual-

mente para enfrentar el esfuerzo de la transformación. Un mundo basado en valores de cambio, determinados por la propaganda publicitaria, y no en valores de uso, respecto del cuál se dificultan las mentiras. El silencio por parte de los medios de los estragos causados por el capitalismo, así como el ocultamiento de las protestas frente al mismo debilitan el nacimiento de otras resistencias. Nunca ha sido más cierto el aserto del líder nazi Goebbels de que una mentira repetida cien veces termina siendo vista como una verdad. Los adolescentes del primer mundo creen que si no tienen el último modelo de telefonía celular son pobres e infelices. Y los anuncios no explican que la soledad y la incomunicación no son menores con esos nuevos artilugios.

Sólo con medios de comunicación ajenos a los intereses particulares podrá, como se apuntó, construirse opiniones públicas regionales (latinoamericanas, africanas, europeas, mediterráneas) que construyan la globalización alternativa y extraigan de las posibilidades de acercar el tiempo y el espacio elementos para ahondar en la emancipación.

12. El socialismo del siglo XXI sabe que a mayor participación popular, menor poder particular.

La democracia representativa ha construido entramados alejados de la ciudadanía. La ausencia de formas de democracia directa ha enfriado la democracia hasta convertirla en un procedimiento que termina ignorando su condición de gobierno *por el pueblo* y *para el pueblo*. El reforzamiento de la democracia local devuelve a un nivel práctico la gestión de la política, hurtada por el Estado central que es el que hace y deshace en los organismos financieros internacionales y en las instituciones supranacionales.

Para evitar la fragmentación, es igualmente importante reconstruir el cemento social, lo *sagrado* (la verdad, la bondad y la belleza compartidas) que se asume como propio por parte de un colectivo, la identificación que construye una ligazón con los que se sienten como parte de una aventura histórica común. Puede afirmarse que el principal error del socialismo del siglo XX fue no confiar en la participación popular, asumiendo el Estado toda la responsabilidad al respecto. Tan fue así, que el Estado se creyó con la legitimidad como para declarar enemigo del pueblo al que fuera



Los adolescentes del primer mundo creen que si no tienen el último modelo de telefonía celular son pobres e infelices. Y los anuncios no explican que la soledad y la incomunicación no son menores con esos nuevos artilugios.

Puede afirmarse que el principal error del socialismo del siglo XX fue no confiar en la participación popular, asumiendo el Estado toda la responsabilidad al respecto. Tan fue así, que el Estado se creyó con la legitimidad como para declarar enemigo del pueblo al que fuera enemigo de ese Estado que copió muchos errores del Estado burgués del que procedía.

enemigo de ese Estado que copió muchos errores del Estado burgués del que procedía. Compensar ese defecto de participación es el camino más seguro para evitar los errores que la lucha por la emancipación cometió en el pasado. Si la derecha orientó toda su política a acabar con lo que denominaron “exceso de participación” (expresión de Huntington), la izquierda debe armar su propuesta guiándose por superar el *déficit de participación* en parlamentos, empresas, hospitales, administraciones, escuelas, universidades, organismos financieros, medios de comunicación y cualesquiera lugares donde la ley, el conocimiento, la fuerza o la tradición crean situaciones de poder y dominación.

13. El socialismo del siglo XXI debe conjugar reforma, revolución y rebeldía para construir un mundo más justo.

“De nada en demasía”, viejo axioma delfico, también es válido para la política real. La desmesura, esa tendencia humana a la *hybris*, al *exceso*, conviene aplicarla a esa parte social fáustica –capaz del mayor bien y del mayor mal– que es la política. Las utopías deben ser concretas, llenas de voluntad pero alertas ante el voluntarismo. Y asumiendo, como dijo Hegel, que la negación siempre formará parte de la síntesis. El viejo paradigma del capitalismo neoliberal está en crisis, pero el nuevo paradigma del socialismo aún no ha llegado. Habrá zonas en donde nos situemos con fuerza en la lógica del nuevo paradigma, pero también habrá situaciones en donde nos ubicaremos en la zona de transición. Sólo en la derrota deberá aceptar el socialismo del siglo XXI situarse amablemente en el viejo paradigma.

En definitiva, lejos de vanguardias y doctrinarismos, el socialismo del siglo XXI tendrá que defender las reformas y ralentizar en ocasiones su paso; tendrá que orientarse por la revolución y acelerar la marcha cuando el hielo quebradizo obligue a marchar más deprisa; tendrá que entenderse rebelde cuando las frases hechas de la vieja gramática política frenen la emancipación. No se trata de eclecticismo: se trata de dialéctica. ¿No es el reformismo el enemigo de la revolución? ¿Y no es la revolución el enemigo de la rebeldía libertaria? El socialismo del siglo XX estuvo lleno de etiquetas que impidieron la discusión. Cuantos más adjetivos, menos discurso. La correlación de fuerzas, el grado de conciencia popular, la situación inter-

nacional pueden invitar a gestionar algunos ámbitos sociales desde el reformismo. Además de que la revolución, cuando triunfa, debe luego gestionarse (la antigua revolución se hará reformista y surgirán nuevas revoluciones). Rebeldía alerta frente a la esclerotización de la burocracia. Es un soplo de aire fresco que rompe la placidez de la burocracia con su discurso libertario pero que ayuda a que la política no esté regida por estatuas. Revolución es el ánimo esperanzado de que con cambios radicales la vida cobra otra perspectiva. Pero nadie tiene el monopolio de lo que signifique revolución, rebeldía ni reformismo. Por eso, en definitiva, la construcción del socialismo es un diálogo permanente. Diálogos. El entendimiento a través de los demás. Una definición también hermosa del socialismo.

NOTAS

- 1 En *El Nacional* del 18 de agosto de 2009, se publicaba una página entera de publicidad de Pablo Medina donde se llamaba al golpe de Estado (“No puede haber otro camino que ir al combate donde el pueblo venezolano y la fuerza Armada institucional vencerán restableciendo la Constitución y derogando tus leyes de facto”). Esto hubiera supuesto una gran sanción e incluso el cierre del periódico en buena parte de los países europeos.
- 2 MOULIÁN, Tomás (2001): *El socialismo del siglo XXI*, Santiago de Chile: LOM.
- 3 BRINTON, Maurice (1972): *Los bolcheviques y el control obrero, 1917-1921*. Paris: Ruedo Ibérico.
- 4 El resultado del referéndum constitucional en Venezuela en diciembre de 2007, es un ejemplo de todo esto. Es indudable que la oligarquía hizo todo lo posible para que fracasara el sí propuesto por el presidente Chávez (se repitió toda la batería de desestabilización clásica: desabastecimiento, manipulación mediática, amenazas de guerra civil e intervención norteamericana, intentos de aislamiento internacional, cooptación de personas simbólicas del chavismo, *revolución de colores* articulada con los estudiantes de las universidades privadas o privatizadas), pero también hubo una profunda responsabilidad gubernamental en la derrota al poner en marcha un cambio que no estaba ni maduro ni había sido suficientemente debatido y explicado entre la población.
- 5 Roberto Gargarella, *Derecho a protestar*, Ad Hoc, Buenos Aires, 2005.

*Asesor del Centro Internacional Miranda, profesor en la Universidad Complutense de Madrid.